

Buenas tardes a todos.

Gracias por estar aquí, acompañándonos en este momento tan especial para nosotros.

Recibir la invitación de dar este discurso fue un honor para mí, y al mismo tiempo significó una enorme responsabilidad: la de representar el sentir de mis compañeros egresados. Pensando en el enfoque que quería darle a mis palabras, decidí hacerlo desde dos miradas: la de la reflexión acerca de los años transcurridos en esta Casa, y la del nuevo lugar que hoy ocupamos en la sociedad como jóvenes profesionales.

Uno de los pilares de nuestra Universidad es la excelencia académica. La tarea de estos años ha sido dura y demandante. Seguramente muchos de nosotros sentimos, en algún momento, la tentación de rendirnos. Sin embargo, todos los que hoy estamos aquí tuvimos la voluntad de seguir adelante y luchar por nuestros sueños y por esa meta que hace unos años atrás nos propusimos. Creo que en este perseverar hubo un factor determinante: la cercanía con nuestros docentes. Siempre estuvieron presentes, dispuestos a ayudar y a guiarnos en un camino que muchas veces nos presentaba obstáculos difíciles de sortear. Es cierto que en la vida todo aquello que vale sólo se consigue con esfuerzo. Pero el sostén que nos impulsa a no darnos por vencidos también es importante.

Como ya sabemos, la misión de nuestra Universidad es la formación de personas de ciencia, conciencia y compromiso. En mi opinión, la formación integral que recibimos con la inclusión de materias de contenido humanista, este abordaje que contempla el cuidado por el otro, es un aspecto que nos diferencia. La experiencia vivida en estos años de estudiante muestra que el espíritu de la misión está presente también en el “adentro” de la UCC, que hay una coherencia entre el sentir, el pensar y el hacer. Y es mi deseo que podamos proyectar esta coherencia hacia nuestra vida profesional.

Todos en algún momento sentimos que tenemos la capacidad para ayudar a cambiar el mundo. No nos desanimemos ante las cosas negativas que suceden a nuestro alrededor, o las que nos pasan a nosotros mismos. No nos dejemos intimidar por nuestra pequeñez frente a la inmensidad del mundo. Hagamos que esas tres palabras: ciencia, conciencia y compromiso, continúen siendo el lema que nos marque el rumbo en el ejercicio de nuestra profesión. Apliquemos nuestra formación técnica sin dejar de pensar en el bienestar de los otros, y asumiendo el compromiso de contribuir a construir un mundo mejor. Cada pequeño acto que genere un cambio, cada persona a la que logremos contagiar nuestro entusiasmo y nuestra energía, producirá un efecto multiplicador que se volverá cada vez más significativo. Mantengamos una actitud positiva, seamos capaces de transmitir lo aprendido con humildad, y con la misma generosidad de quienes son y han sido nuestros mentores. Y si nos toca asumir posiciones de liderazgo, lideremos desde el ejemplo. Chris Lowney, en su libro Liderazgo al estilo de los jesuitas, señala que “ningún instrumento de liderazgo es tan eficaz como el ejemplo de la propia vida del líder: lo que él es o hace, qué principios se reflejan en sus actos y cómo concuerda lo que hace con lo que dice. El ejemplo personal marca la diferencia entre lo que deja una profunda impresión y lo que apenas es ‘un pedazo de papel’ ...”

Hoy es un día de celebración, y es tiempo también de expresar nuestro más profundo agradecimiento a todas las personas que nos acompañaron e inspiraron a lo largo de esta etapa. A nuestros hermanos, compañeros y amigos, por estar siempre ahí. A nuestros docentes, por habernos ayudado a transitar el camino. Y en especial a nuestros padres, porque sin su sostén y sin su amor, este día de hoy simplemente no hubiera sido posible.

Irse de algunos lugares no es fácil. La partida genera inevitablemente la necesidad de conservar la memoria. En lo personal me llevo de esta Universidad los mejores recuerdos. Los vínculos que aquí se han generado han tejido un entramado que facilita el intercambio de saberes, y que al mismo tiempo es una red de contención. Perpetuemos los recuerdos manteniendo viva esta maravillosa red de relaciones que a lo largo de estos años, entre todos, supimos construir. Y hagamos nuestras las palabras de San Ignacio de Loyola: “Entramos para aprender, salimos para servir”.

Muchas gracias.

Jennifer Marlene Stump